

produjo ya obras secundarias, repartiendo su tiempo entre París y Viena, donde a porfia era admirado y obsequiado. La muerte le sorprendió en la capital austriaca el 15 de noviembre de 1787.

Examinemos ahora la representación artística de Gluck. Cuando él llegó a Francia, había allí una música francesa completamente formada desde dos siglos antes, escuela robusta y rica en producción y originalidad. Había autores de música sagrada, cuyas obras rebosaban de admirable gravedad y de inmensa eloquencia. En el órgano había gran número de virtuosos y compositores afamados, y lo mismo en el clavecín; y florecía una escuela francesa de violín de la que salían obras encantadoras y célebres virtuosos, universalmente reconocidas las



Busto de Gluck, por Hondon



El compositor Piccinni, rival de Gluck

la ópera, y limpió la escena de todos esos juegos, recreos, ballables y episodios accesorios. La desenbarazó de todos esos ornamentos extraños, hizo la acción más breve y más directa, y la redujo a sus elementos esenciales de pasión y de emoción.

No hay que dudar que es un gran hombre; pero es el "Orfeo alemán", como le llamaban sus coetáneos; es Orfeo y es alemán, con todos los méritos y los defectos del germano, y fué el primero en proclamar que el efecto es el objeto único del arte, y que para lograrlo todos los medios son buenos. Esta teoría, desarrollada francamente en la epístola dedicatoria de *Alceste*, contrasta con la carta de Rameau a La Motte y sus *Consejos a un joven músico*, en que se muestra tan respetuoso de los clásicos principios de su arte. Esa innovación revolucionaria del arte

consintió de esa música su ritmo, su claridad, su espíritu vivo, su sensibilidad natural, un patrón sencillo y un estilo que eran eminentemente franceses. Todas esas cualidades del arte francés, acababan de ser resumidas y expresadas en las obras de Rameau, el más completo y poderoso representante de la tradición nacional, ejemplar selecto de toda una pléyade de excelentes artistas.

Ya varias veces el italiano había tratado de invadir a la música francesa, y nunca había encontrado aceptación. En estos momentos apareció Gluck presentando, no una música más fuerte y más novedosa, ni un arte más completo, ni un estilo más hermoso; porque nadie ha sostener que Gluck es más

bajo y más puro y más trágico pensado músico que Rameau, o cualquiera de sus contemporáneos. Rameau es un prodigioso inventor de ritmos; su instrumentación, a pesar de la pobreza de recursos de que disponía, es extraordinariamente ingeniosa, diversa y coloreada, su armonía es nueva y atrevida, es más plena y profunda, y su estilo más preciso, más seguro y más robusto.

Gluck no vence a Rameau en ninguna de esas cualidades, y el testimonio de Haydn en este punto es bien contundente. Pero era un gran dramaturgo, y por eso reformó el drama lírico; modificó la partitura de

frances; esa reforma del poema lírico; esa expresión poética y musical del sentimiento más intenso, más vehemente y más punzante de cuanto hasta entonces se conocía; ese grito de dolor y de desesperación; ese desorden emotivo; esos sollozos; esa sensibilidad; esa felicidad melancólica de los Campos Elíseos; esas lágrimas sublimes, y el sublime sacrificio de Alceste; feroz remordimiento de Orestes, el abandono desesperado de Almida al amor y destino, todo este elemento de altísimo valor dramático, es que Gluck aportó al drama lírico predominante en el gusto general de su tiempo.

Pero el genio de Gluck era eminentemente personal, y formó escuela fué también de imitadores que inspirados en su doctrina y apostólica convencidos de su misión reformadora.



Retrato de Gluck, por E. Delacroix



La reina María Antonieta, protectora de Gluck



Retrato de Gluck, por E. Delacroix